

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.

LA APARICION DE LA VIRGEN A SAN BERNARDO.



FILIPPINO LIPPI.—FLORENCIA.

EL DICTADO DEL MUERTO.

Cuando entramos al pequeño recinto de las sesiones espíritas, algunos fanáticos esperaban con rostros de mansedumbre, rostros inclinados oblicuamente como en las figuras congregadas de Van-Eyck en las reales tapicerías de España. Silenciosos, mansos, vacuos, en abatimiento de grey carneril, tenían su ánima presta á desligarse del cuerpo mal alimentado con legumbres al uso de Cornaro, para dejarla pacer anchamente en los Campos Eliseos de la bobería. No pude reprimir mi desagrado al dominar de una ojeada el escenario é imaginarme fugazmente la comedieta que seguiría, y saludé parsimonioso al Honorable Sr. Llaven que se adelantaba hacia nosotros místicamente afable, con la beatitud de un inquilino de Sión.

La visita procedía de mi amigo que me había tentado:

—Ven; es un caso curioso y raro: una histérica, admirable medium escribiente á quien se le acaba de morir su prometido, que desea saber las primeras impresiones del espíritu amado, en su vida ultra-terrestre.

Y en verdad que los ojos fosforescentes, errantes, flameadores, de la joven enlutada que destacaba fuertemente su perfil asceta de visionaria apocalíptica, irradiaban una fascinación irresistible. Colocado yo en un ángulo de sombra, pude observar sin ser observado la organización admirable de la medium para la transfiguración cataléptica, su nerviosidad excesiva, perturbada ostensiblemente por sacudimientos vibrátiles involuntarios, su palidez marmórea y patológica, su lasitud pectoral amenazada de consunción, en tanto que Panurgo abría á su aprisco una estrecha rendija de lo incognoscible y por ella se precipitaba, atropellándose, la venturosa idiotez del buen Sancho, rediviva en aquel rebaño de sanchos auténticos.

Al oír la voz del sugestionador que la llamaba para la prueba suprema, la joven se estremeció como si saliera de un sueño, avanzó dócil, anhelante,—¡por fin iba á realizar su ensueño de comunicación con el amado!—y en breve no fué en manos del hipnotizador sino una materia dúctil, una máquina humana que provista de lápiz y papel escribía febrilmente, con religioso pasmo de la grey congregada, escribía con rapidez taquigráfica, hasta que el Sr. Llaven, consultando su reloj, cortó la conexión del espíritu transmisor, y por medio de tres habilísimos pases hizo abrir los ojos enloquecidos á la joven que, trastabillante, soñolienta aún, fué á ocupar su anterior sitio.

El Sr. Llaven, sin abandonar su beatífica flebilidad, iba á hacer tal vez una síntesis del escrito leyendo mentalmente, cuando á las primeras líneas lo vi palidecer y vacilar.... El auditorio esperaba, y el sugestionador, haciendo un gran esfuerzo para dominar su turbación, dijo fatigosamente:

—El espíritu evocado goza de bienaventuranzas eternas.... os bendice y os exhorta al bien.... pero hoy es ya tarde y en la próxima sesión os diré su voluntad.... Y vos también, hija mía—añadió dirigiéndose á la joven que escuchaba tremulante —hasta entonces oireis su palabra.... os ruego que esperéis....

Y como todos se levantaran obedientes y se despedieran unos á otros con humildad de bienaventurados pobres de espíritu para quienes fué hecho el reino de los cielos, increpé á mi amigo sacudiéndole un brazo:

—¿Crees que también soy del vil rebaño?.... me has traído á ver un caso curioso y raro, y yo quiero leer lo que hay escrito en ese papel!

—¡Yo también quiero!—dijo él, y aprovechándose del aturdimiento del hipnotizador, se apoderó del papel olvidado sobre la papelera y huímos á un café, donde ya solos leímos esto, esto que me pavoriza aún, hoy que procuro reconstruir la espantosa revelación.

Alma:

Todas las torturas del infierno, todos los suplicios infamantes de los precitos, inventados por la locura de los hombres, no son comparables á la despedazante agonía que he sufrido en mi lecho de muerte y en mi sepultura maldita!.... Yo yacía vivo, vivo, con el infinito deseo de verte, de gozarte, de perpetuar la fiesta de mi juventud inmortalizada por tu amor!.... Maldición! y un médico ignorante había declarado que yo estaba bien muerto!.... Mi catalepsia provocada por el ataque agudísimo de neurastenia que sufrí, había paralizado todos mis movimientos, las manifestaciones más sutiles de mi vitalidad latente en el núcleo de mi corazón, esparciendo un frío cadavérico en mis miembros rígidos.... pero yo oía y pensaba, y era un tormento abominable saber los preparativos de mi entierro!.... Oía el llanto lamentable de los míos, el llanto de mi madre que sollozaba del fondo de sus entrañas, el llanto de mis hermanas, cuyo amparo fuí, y los gritos desgarradores tuyos, tus gritos de amor y delirio que me partían el corazón!.... Cuando te sujetaron por fuerza y te arrancaron de mí, oí la carcajada estridente de tu nerviosidad exasperada por el dolor, y al alejarte de mi estancia comprendí que me arrancaban la última esperanza de volver á la vida!.... Mi espanto crecía desmesuradamente á cada instante que volaba.... Los cuchicheos de los dolientes que acudían atraídos por el miedo tenebroso de la muerte, me hacían sufrir pavuras indecibles. ¡Ah! ellos no sabían si estaban tan próximos como yo á saber lo que era la muerte!.... La impotencia de hacer palpable mi vida me exasperaba hasta el vértigo; mi razón se entenebrece con la noche de la locura y

por un prodigioso esfuerzo volvía á la lucidez con la sarcástica ilusión de que pasaría mi catalepsia antes de ser inhumado. ¡Dolorosa irrisión de mi anhelo febril de vivir!... No parece sino que tenían prisa de deshacerse de mí! Apenas habían dejado la estancia mortuoria tú y mis hermanas, piadosos parientes se encargaron de la fúnebre tarea de vestirme para tenderme; yo lo sabía por las palabras que murmuraban en torno mío. Después comprendí que me ponían en el ataúd augusto donde debía yacer para siempre, y me trasladaban á una pieza en cuyos ángulos se agrupaban las plañideras encargadas de ronronear camándulas por mi ánima, las veladoras de oficio, aborrecibles en su apariencia de aves negras de los cadáveres!... Las horas pasaban con tediosa monotonía para ellas, pero con vertiginosa velocidad para mí, que renegaba de la estupidez humana y de mi fatalidad inexorable!... Yo tenía dos amigos, médicos inteligentes, y anhelaba que alguno de ellos me visitara en mi lecho de muerte y que por curiosidad, ya que no por afecto, me examinara para cerciorarse de si ya no existía; pero, ó no sabían mi fallecimiento ó no quisieron molestarse en concurrir. El silencio del cansancio en quienes me velaban, la suspensión de las preces por el sueño de las plañideras, fué para mí más espantoso todavía que el cuchicheo; preveía el momento definitivamente fatal y un terror inconmensurable me hacía luchar inútilmente por romper mi odiosa apariencia mortal, mas la paralización invencible hacía que se estrellara mi rebeldía inútil con una impotencia mil veces cruel!... Recorría ya minuciosamente mi vida, con avidez desenfrenada, á fin de recordar qué crimen, qué monstruosidad habría cometido para merecer aquel tremendo castigo, y no encontraba en mi requisitoria inflexible méritos bastantes á justificar suplicio tan horrendo!... Me llevarían, así, consciente é inerme, los verdugos sanguinarios é irresponsables, los homicidas tenebrosos bajo la apariencia afflictiva de su máscara dolorida, ¡Dios del cielo! y me enterrarían vivo! Dónde estaba, pues, aquella misericordia infinita que los hombres han pregonado en su cobardía delincuente como supremo atributo de la Divinidad?... Y mi impiedad se espantaba de su formidable imprecación, y caía de la cima de su soberbia á la sima insondable de su miseria, y de lo más profundo de mi alma apostasiaba de mi rebelión y me prosternaba en el polvo de mi contrición demandando gracia, con ardiente fe en el prodigio... «¡Señor! que descienda hasta mí tu infinita misericordia! Tú que resucitaste á Lázaro! Tú que resucitaste al hijo de la viuda de Naim! Haz, Señor, el milagro, pequeño para tu portentoso poder, de redimir mi apariencia mortal! Auxíliame! Sálvame! Tú, el único Todopoderoso!»... Y mi delirio místico y mi deseo vehemente y mi locura de vivir para amarte ¡oh alma que has sido amada como ninguna lo fué en la tierra! se estrellaban como mi rebeldía irreductible ante la impasibilidad de lo irremediable! Mi rogación delirante, de amarga y dolorosa vehemencia, me abismaba en la vorágine insondable que ha tragado á la Humanidad durante dos milenios en la divinización del milagro; y naufrago, perdido en las entrañas

del maelstrom, imploraba con la ceguedad de la fe, con la venda sempiterna de la esfinge; y mi festinación de creyente, de contrito, de piadoso, de propositario en proclamar á mi vuelta al mundo las excelencias de la Inmortal Misericordia, se atropellaba en mi cerebro enloquecido ante la videncia de la tenebrosa realidad!... Cortó mi ruego sin fin un ruido de pasos que me circundaban y escuché frases que me cercioraron de que la hora de llevarme al cementerio había llegado... ¡Maldición!... Un terror inconcebible se apoderó de mí, quise gritar con todo mi impetu, quise con un esfuerzo prodigioso romper los lazos invisibles que ataban mis miembros rígidos; pero á despecho de mi voluntad, ningún músculo, ni el más noble, ni el más sensible, me obedeció, ni mi lengua vibró con la menos perceptible contracción, ni mi garganta emitió el menor aliento que no arrojaron mis pulmones fosilizados, ni mis párpados, ni mis labios, ni mis vértebras, ni los flexores del dorso de mis manos, ni mi tórax, que yo juzgaba jadeante y henchido por la angustia y el espanto, ni mis flancos que en plena posesión de mi sensibilidad se hallarian palpitantes como los hijares de un perro fatigado, ni mis arterias que con tan tremenda sobreexcitación hubieran estallado... ¡nada, nada obedecía á mi voluntad impotente!... Si alguien me hubiese auscultado el corazón oprimiendo su oído sobre mi pecho, no habría percibido sus tenuísimas palpaciones: mi pecho era la losa de mi sepulcro y sobre él habría sido impotente la sensibilidad de un micrófono!... Me levantaron!... Lo comprendí con terror inmedible en la explosión de lamentaciones lacrimosas, me levantaron y colocaron mi féretro en el pavimento para que, alzada la tapa de mi ataúd, los míos me vieran por la última vez... ¡Dios tremendo! Un martillazo estridente, lúgubre y seco, me hizo saber que clavaban la tapa, que me ahorreojaban para siempre, que me proscribían de los vivos, que me condenaban para toda una eternidad á la muerte, á la putrefacción, á la nada! Me veía interiormente roído por los gusanos que holgaban en mis pústulas, que se multiplicaban en mi carne disuelta... ¡Condenación! Y yo estaba vivo, vivo, y me entregaba así, odiosamente inerme, á que me echaran como pasto putrefacto á la voracidad de las larvas inmundas!... Contaba con estupor los martillazos que daban á cada clavo... ¡era una horrible sinfonía la de los martillazos y el llanto!... Cuando se cercioraron de que la clavazón era hermética, de que no podría escaparme para venir por las noches á llorar mi desventura en los sitios para mí más queridos, me alzaron en hombros y me llevaron!... Y mi pobre corazón lacerado, despazado, triturado, venciendo en su poder de entraña, más noble que mi cerebro quebrantado, abrió á raudales la fuente viva de mi dolor y gemí en mi ánima con la amargura dolorosa que no ha existido jamás!... Me pusieron en un tranvía fúnebre cuya trepidación me torturaba horrorosamente, y yo oía la vida resonar en torno mío, la vida colmenaria de la ciudad estruendosa, y una angustia infinita se anudaba como víbora constrictora á mi corazón pasionante y me mordía para inocularme de nuevo el virus viperino de la rebelión!... ¡No! ¡Dios de

Dios!... aquello era formidablemente injusto como es omnipotente el poder divino, y yo acusaba á Dios de impío, y mi alma blasfema lo apostrofaba con los dicterios más candentes, en explosión de cóleras horrendas que solamente los condenados del Cócito pueden formar!... La ciudad quedaba atrás con una vertiginosidad kaleidoscópica; el trayecto no fué para mí más que una ilusión de trayecto, y con una lejana vislumbre de sensibilidad exterior, sentí cuando el carro se detuvo definitivamente á la entrada del panteón, y que manos abominables se apoderaban de mí, y me bajaban ¡oh... sí! me bajaban! y me conducían atropelladamente al lugar del camposanto, del campo maldito donde estaba abierta mi sepultura! Tormentos indecibles, torturas sin nombre me corroían como corrosivos hirvientes... ¡Ah! era, pues, consumado mi sacrificio?... Me suspendieron en el aire...

¡Maldición de maldiciones! y me bajaron lentamente hasta que caí para siempre en tierra, en el fondo de mi sepulcro!... Entonces sentí un zumbido sordo, como de riada que desciende, en mi cráneo, en mis sienes, en mis arterias... ¡Era la sangre, la sangre vivificadora que se precipitaba de nuevo en mi organismo para bañarlo con su riego de vida!... En este instante supremo, oí con terror inconcebible un ruido sonoro y siniestro sobre mi ataúd ¡la primera paletada de tierra! y luego un redoble furioso que caía cada vez más sordo... ¡Dios mio! Dios de piedad!... Me enterraban!... Me habían enterrado!... Dios de misericordia!... Y yo respiraba trabajosamente... Yo abría los ojos... ¡Vivo!... al fin vivo!... Y la asfixia...

(Aquí fué donde el Honorable Sr. Llaven consultó su reloj.)

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.

MEMORIA ETERNA.

En luz medrosa baña los amplios ventanales
Muriente sol de invierno que al misticismo invita;
Mas, dentro, llena el alma de ensueños ideales,
No espera ya los dulces coloquios nocturnales
La célebre germana, la rubia Margarita.

Mirad: cercaño al busto de un héroe legendario,
Sus enpolvadas hojas muestra el devocionario
Poder que en esperanza toda amargura trueca;
Y venerable amiga del cofre centenario,
Junto al hogar sin lumbre parada está la rueca.

No suben á la estancia desde el jardín vecino
Canciones de la alondra, ni esencias de las flores;
Ni, al bienhechor influjo de un hálito divino,
Triunfante del penoso letargo vespertino
Vibrar la niña siente la voz de los amores.

Pasaron como sombras las pláticas aquellas
Gozadas al cobarde fulgor de las estrellas;
Pasó de Mefistófeles la intensa carcajada...;
Y en torno á la vetusta mansión abandonada,
De Siebel y de Fausto borráronse las huellas.

¡Oh tiempo inexorable! ¡Titánico verdugo!
¿Quién á tu loca marcha de vencedor resiste...?
Humildes y potentes sucumben á tu yugo;
Y sólo vida eterna reconocer te plugo
A la fatal historia del alma de algún triste...

Cuando el linaje humano, viril y arrepenido,
Al Nazareno siga con paso decidido,
Homéricas legiones que el universo aclama,
Pontífices y reyes de cegadora fama,
Cayendo irán al vasto sepulcro del olvido.

Mas tú, fiel Margarita, por bella sin ventura,
Tendrás férvido culto y adoración segura
Mientras Amor las almas de resplandores vista . . ;
Y habrán de consagrarte en pago á tu dulzura
Sus ansias cada novia, su genio cada artista.

LUIS BARREDA.

México, 1901.

DOLIENTE.

A JESÚS URUETA.

—Cuando veo—me decía el anciano médico mi amigo, apoyando la barba en el dorso de las manos que descansaban sobre el puño de marfil de su bastón de ébano, sentados los dos en la banca más sombría del parque, una noche en que por entre el follaje espeso esparcía la banda militar sus jocundas fanfarrias—cuando veo pasar al lado de las hijas lujosas á estas madres sanas, alegres, triunfales, porque sus niñas de nada carecen, porque pueden satisfacerles todos los caprichos, porque las aguarda, tal vez, un matrimonio honroso que se celebrará con toda la pompa de los rituales mundanos, recuerdo en seguida á aquella otra madre desdichada, á quien, en los primeros años de mi profesorado, asistí en su enfermedad mortal—un caso de hipertrofia del corazón—y quien me hizo la confianza de la última era de su vida, allá en la mareante y portentosa ciudad de las audacias imprevistas. . . . Esa confianza la escuché una semana antes de morir la enferma; un día de primavera, en que la tierra toda vibraba en un delirio de vida y toda la atmósfera reía, con risa feliz, bajo la caricia intensa del sol.

A la muerte del esposo—desterrado de la patria por causa política—triste, aislada, sin dinero, con una hija, Celia, de catorce años, se encontró la pobre señora en la ciudad inmensa como el viajero perdido en medio de un bosque enorme y feroz.

Sabía de piano; buscó discípulos. Pero ¡bah! qué padres ricos confían la educación musical de los hijos á una desconocida? Y los padres pobres. . . . esos no tienen piano.

¿Trabajar en otra cosa? ¿Cómo? Ella, una planta de los delicados jardines hispano-americanos! No vislumbraba luz alguna salvadora. El mañana se le ofrecía fatídicamente impenetrable. . . . Y entre ella y la patria el océano y tierra, mucha tierra extraña!

Comenzó á vender sus pocas alhajas. Las vendió todas. Así pudo comer ella; así, sobre todo, pudo comer la hija un corto tiempo. Luego vendió los muebles, uno á uno. Dejó la habitación cómoda que ocupaba por un cuartito en el último piso de la misma casa. . . . Y la existencia se le iba haciendo cada vez menos posible, y el infortunio la empuja-

ba, la empujaba por la pendiente lúgubre de la miseria.

Vendió sus trajes nuevos; vendió casi toda su ropa blanca, y—pero, oh Dios, ¿no eres bueno?—tuvo que vender casi toda la ropa blanca y los trajes nuevos de Celia; aquellos trajes queridos que tan linda hacían á la niña!

Y el otoño corría; y vendría el invierno. . . . el invierno del norte, helado, amargo, cruel, espantoso para el pobre. ¡Qué sería entonces de ella, sin telas gruesas, sin comidas vigorizantes, sin fuego! ¡Qué sería de Celia, que nunca se quejaba porque todo lo comprendía, pero que iba palideciendo, palideciendo rápidamente, como una joven rosa enferma!

Un día no hubo para comer. El día siguiente tampoco habría, ni el tercero, ni el cuarto, tal vez nunca más. . . . Ah! el espectro fatal cómo le vería llegar, haciendo su mueca horrible, y llevársela, y llevarse á Celia, á su hija!

Entonces fué cuando recibió una carta del señor inglés que habitaba el principal de la casa. . . . Era soltero; rico. Había visto á Celia; le gustaba. No podía casarse con ella, porque pensaba no casarse jamás. Pero la tendría como á una esposa. La dotaría; la educaría, y si era buena, más tarde. . . . ¡quién sabe!—Y acompañaba la carta con una fuerte suma de dinero.

Noche tremenda esa noche para la pobre madre. Su hija desde temprano dormía un sueño pesado, producto del desfallecimiento físico.—Empezaba el invierno; la nieve golpeaba, blanda, te ca, el techo y los cristales de la ventana, en cuyas rendijas gemía un viento fino, helado, punzante.—Cubrió á la hija con la única manta de lana que poseía, y se sentó á la cabecera del lecho miserable. No sentía frío; no tenía ya hambre. El sacudimiento rudo que le había causado en el alma la carta, le hacía insensible el cuerpo. . . . «¡Mañana!» Y en la sombra, percibiendo como en un sueño tenebroso la respiración débilmente rítmica de Celia, apretando entre la mano crispada la carta salvadora y cruel, se repetía esta palabra, que en el cerebro enfiebrado le zumbaba siniestra y tenaz.

¿Rehusar? ¡Y su hija! Ella, la madre, podía morir; estaba ya resignada; bastante había sufrido, y la muerte sería el descanso, el olvido. ¡Pero su hija! No, eso no debía suceder; no quería que sucediera.

Ella no tenía el derecho de quebrar la existencia en capullo de la joven; no tenía el derecho de destruir aquella nave nueva que estaba aún á la orilla del largo, del hondo, del enigmático mar de la vida.

¿Aceptar, pues? Y su educación inolvidable; su educación severa y religiosa, que la hacía mirar el concubinato como un acto criminal, como el envilecimiento del amor, tan noble si el matrimonio lo consagra! ¡Y ahora se trataba de su hija! Era su hija quien se uniría sin matrimonio, sin amor, á un desconocido!... Y estrujaba entre las manos la carta; y, trágicamente visionaria, miraba modelarse, poco á poco, en la sombra, al espectro fatal.

Rehusar!... Aceptar!... Por un rato grande estos pensamientos contrarios estuvieron luchando, luchando. Después, como cansados, quedaron inmóviles, y parvadas de recuerdos de la vida pasada le asaltaron el cerebro.

Los recuerdos azules! Tenía quince años, uno más que Celia; estaba toda de blanco en un baile de confianza, y valsaba con un joven gallardo y correcto. Le parecía oír, clara, precisa, evocatriz, la música de aquel valse; le parecía oír, tímida, vibrante, turbadora, la voz pasional del joven, del que fué después su esposo. ¡Ah los placeres dulces y castos de los amores de novios; las impresiones profundas, reveladoras, de la primera noche nupcial!... ¡La hija!

Llegaron los recuerdos grises.—La pasión política del esposo; su ocupación constante en planes revolucionarios; sus continuas ausencias de la ciudad; su indiferencia de amante. La guerra civil; el esposo preso. El destierro!

Y llegaron los recuerdos negros.—La enfermedad lenta, indomable, del compañero amado, del apoyo fuerte; el agotamiento de la escasa fortuna; el país extraño. La viudez; ella y su hija aisladas; la pobreza... la miseria... el hambre... la muerte quizás! Y volvían los pensamientos contrarios á comenzar su lucha, y volvía á estrujar entre las manos la carta del señor inglés, y volvía á ver modelarse, poco á poco, en la sombra, al espectro fatal.

Así la sorprendió el alba; una alba brumosa, anémica, tiritante, como precursora de un día triste,

Colombia.

triste. Y en la gloria lívida de aquella alba, percibiendo como en un sueño tenebroso la respiración débilmente rítmica de la hija dormida, apretando entre la mano crispada la carta salvadora y cruel, «¡hoy!», se repitió mil veces la madre, y esta palabra, en el cerebro enfiestado, le zumbaba siniestra y tenaz.

Tuvo que aceptar... ¿El honor? ¡Oh, es verdad! El honor! Y que el hambre apuñalée el cuerpo, y que la desesperanza desgarré el alma, y que se vea á la hija adorada palidecer, palidecer rápidamente, como una joven rosa enferma que va á morir!

Aceptó. Mas desde aquel día—á pesar de que su vida material fué holgada; á pesar de que en su nueva habitación decente la visitaba todos los días Celia, que sanó del modo rápido como había enfermado y adquirió toda su frescura brillante, toda su belleza exquisita, toda su nativa elegancia—sobre el corazón de aquella madre la tristeza lloraba un llanto continuo, que lo fué hipertrofiando inexorablemente.

Pobre mujer! La última vez que la ví estaba tendida, rígida y enlutada, sobre el lecho blanco. El fulgor de una lámpara bronceada, filtrado por un globo azul, le envolvía el rostro, contraído por el supremo escalofrío, en un velo sutil, vago y misterioso; y dos lágrimas se perlaban sobre la raya de los párpados apenas abiertos, como si la Muerte, al beber en aquel doloroso vaso humano, hubiese arrojado allí las heces del licor amargo de la Vida... Y aquella noche de primavera la tierra toda, en el deleite de un ensueño, suspiraba, y toda la atmósfera sonreía, con sonrisa feliz, bajo la caricia dulce de la luna!

Ya sabe usted por qué—terminó, irguiéndose, el anciano médico mi amigo, mientras la banda militar, que había callado, espárcía otra vez por entre el follaje espeso del parque sus jocundas fanfarrias—cuando veo pasar al lado de las hijas lujosas á las madres ricas, sanas, alegres, triunfales, recuerdo en seguida esta historia lejana, triste, triste y fiel. Y ella se sucede en el mundo eternamente, quizá!

DARÍO HERRERA.

EL TRANVIA.

Había un obrero muy trabajador cuya mujer era buena, cuya hijita era preciosa. Habitaban en una gran ciudad.

Para el día del santo del padre compraron una hermosa y fresca lechuga y un pollo que asaron. Y todo el mundo estaba contentísimo aquella mañana de domingo, hasta el gatito que contemplaba la gallina con aire pícaro, prometiéndose tiernos huesos que roer.

Almorzaron, y el padre dijo:

—Vamos, por esta vez, á pagarnos el tranvía y pasearemos hasta los alrededores.

Salieron.

Habían visto, muchas veces, elegantes señores y

(Trad. de «Revista Moderna»).

hermosas damas hacer señas al cochero del tranvía, que paraba inmediatamente sus caballos para que pudieran subir.

El buen obrero cargaba á su hijita y él y su mujer se detuvieron en la esquina de una hermosa calle.

Un ómnibus barnizado avanzaba hacia ellos, casi vacío. Y sentían grande alegría pensando que iban á subir por cinco centavos cada uno. Y el buen obrero hizo seña al conductor para que detuviera los caballos. Pero el conductor, viendo á aquella pobre gente, los miró con desprecio y no detuvo el carruaje.

FRANCIS JAMMES.



LA VEJEZ DEL SÁTIRO

A LUIS BARREDA.

Junto con los silvanos juguetones
Animó las florestas sosegadas,
Y enseñó á las sonoras enramadas
A repetir sus rústicas canciones.

A la sombra de glaucos pabellones
Desfloró pudorosas hamadriadas,
Y corrió tras las ninfas asustadas
Al par de los centauros garañones.

Hoy el soplo glacial de los inviernos
Ha doblado las puntas de sus cuernos,
Su flauta de carrizos está muda,

Y lleno de pesares y congojas,
Al mirar una náyade desnuda
Suspira de impotencia entre las hojas.

EFRÉN REBOLLEDO.

DE "EL JARDIN DE LOS SUPPLICIOS."

Son los chinos jardineros incomparables, muy superiores á nuestros burdos horticultores que no piensan más que en destruir la belleza de las plantas por medio de irrespetuosas prácticas y criminales hibridaciones. Estos son verdaderos malhechores y no puedo concebir cómo, en nombre de la vida universal, no se han dictado aún severísimas leyes penales contra ellos. Hasta que se les guillotinará sin piedad me sería agradable, de preferencia á esos pálidos asesinos cuyo «seleccionismo» social es más bien encomiable y generoso, puesto que la mayor parte de las veces no hiere sino á viejas muy feas y á muy innobles burgueses que de por sí son un perpetuo ultraje á la vida. Y además de que han llevado la infamia hasta deformar la gracia conmovedora y delicada de las flores simples, nuestros jardineros han osado la degradante burla que consiste en dar á la fragilidad de las rosas, á la irradiación estelar de las clemátides, á la gloria firmamental de los *delphiniums*, al heráldico misterio de los iris, al pudor de las violetas, nombres de viejos generales y de políticos deshonorados. No es raro encontrar en nuestros parques un lirio, por ejemplo, bautizado: *El General Archinard!* . . . Hay narcisos-narcisos! que grotescamente se denominan: *Triunfo del Presidente Félix Faure*; rosas que sin protestar aceptan el ridículo apelativo de: *Duelo de Monsieur Thiers*, y violetas, tímidas, friolentas y exquisitas violetas á quien los nombres del General Skobeleff y del Almirante Avellan no parecen apodos injuriosos! . . . La flor, toda belleza, toda luz y toda alegría. . . toda caricia también, evocando los rezongones mostachos y las pieles de paquidermo de un soldado, ó bien el *toupet* parlamentario de un ministro! . . . Las flores lanzando opiniones políticas y sirviendo para difundir las propagandas electorales! . . . A qué aberraciones, á qué decadencias intelectuales corresponden, pues, tales blasfemias y tamaños atentados á la divinidad de las cosas? Si fuese posible la existencia de un ser bastante desnudo de alma para sentir odio hacia las flores, los jardines europeos y en particular los jardineros franceses justificarían esa paradoja inconcebiblemente sacrilega! . . .

(Trad. de *Revista Moderna*).

Artistas perfectos y poetas ingenuos, los chinos han conservado piadosamente el amor y el devoto culto por las flores, una de las muy raras y de las más lejanas tradiciones que han sobrevivido á su decadencia. Y como es necesario distinguir las flores una de otra, les han atribuido analogías graciosas, imágenes de ensueño, nombres de pureza ó de voluptuosidad que perpetúan y armonizan en nuestro espíritu las sensaciones de dulce encanto ó de violenta embriaguez que nos producen. . . . Así es que á ciertas peonías, sus flores favoritas, los chinos las saludan según su forma y su color con estos nombres deliciosos que son cada uno un poema ó una novela: *La joven que ofrece sus senos*; ó *El Agua durmiendo bajo la luna*; ó *El sol en la selva*; ó *El primer deseo de la Virgen acostada*; ó *Mi Túnica no es toda blanca porque al desgarrarla el Hijo del Cielo la tiñó de sangre rosa*; ó bien, por último: *He gozado de mi amigo en el jardín*.

Con razón los chinos sienten orgullo por el Jardín de los Suplicios, el más completamente bello quizás de toda la China, donde sin embargo los hay maravillosos! Ahí están reunidas las esencias más raras de su flora, las más delicadas como las más robustas; las que vienen de las neveras montañasas ó las que crecen en la ardiente hornalla de las llanuras y también las que misteriosas y siniestras se disimulan en lo más impenetrable de las selvas y á las cuales las supersticiones populares prestan almas de genios malhechores. Desde el paletuario hasta la azálea saxátil, la violeta biflora hasta el nepentes destilatorio, el hibisco volubita hasta el helianto estolonífero, desde la audrosaxa invisible en su grieta de roca hasta las lianas más localmente enlazadoras, cada especie está representada por numerosos ejemplares que repletos de alimentos orgánicos y tratados, según los ritos, por sabios jardineros, alcanzan anormales desarrollos y coloraciones cuya intensidad prodigiosa nos es penoso imaginar bajo nuestros climas morosos y en nuestros jardines sin genio.

OCTAVE MIRBEAU.

LA HIGIENE. *

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO, Á PROPÓSITO DEL «MANUAL POPULAR DE HIGIENE,» DE LA JUNTA IMPERIAL DE SANIDAD DE ALEMANIA.—TRADUCIDO AL ESPAÑOL POR EL DR. M. MONTANER.—(F. LEIX, EDITOR—BARCELONA, 1901.)

Derivase la palabra Higiene del griego *hugaineia*, que quiere decir *tener salud*; así podría definirse: aquella parte de la medicina que se ocupa de los medios, no ya de curar las enfermedades, sino de prevenirlas, es decir, el estudio de todo lo que contribuye al funcionamiento normal del organismo. Un gran sabio ha dicho, que la medicina del porvenir será la medicina preventiva, es decir, la Higiene, pues vale más prevenir la enfermedad que tener que curarla.

La Higiene preocupó ya en los más antiguos tiempos, aunque su importancia verdadera y el que se la haya reunido en un cuerpo de doctrina, sea obra de los tiempos más modernos.

Los libros del Antiguo Testamento, y antes de éstos los Vedas, y el Zend Avesta, están llenos de prescripciones y de reglas para conservar la salud, prescripciones y reglas que se presentan siempre como preceptos sagrados. Así las abluciones, la prohibición de comer carne de ciertos animales, las unciones con bálsamos, eran sólo reglas higiénicas indispensables á unos pueblos que vivían en climas rigurosos, y que ignoraban absolutamente el uso de lo que hoy día es de sentido común respecto á la limpieza del cuerpo. En la India en donde ciertos alimentos animales resultaban funestos por las enfermedades eruptivas que producían, su interdicción sólo pudo hacerse eficaz escudándolos en el dogma de la transmigración de las almas.

En Egipto, en Persia, en Caldea, las leyes contenían prescripciones minuciosas, cuyo único objeto era el combatir las influencias deletéreas del clima, ó la purificación de la atmósfera frecuentemente infestada. Tal como los inciensos, mirras y bálsamos, quemados en las asambleas religiosas.

Entre los griegos, las costumbres higiénicas ya se presentan sin la sanción religiosa. Con un clima más templado, y, por tanto, más benéfico, el griego, más que un sistema prohibitivo, en lo que toca á la alimentación, seguía un sistema organizador del cuerpo humano. Así la gimnasia adquiere gran preponderancia, con los baños, la alimentación sólida, la vida al aire libre, y la danza.

* Sr. D. Jesús E. Valenzuela.—Barcelona, 24 de Febrero de 1901.—..... Hoy le mando á vd. un artículo sobre Higiene. Está escrito á propósito del *Manual Popular* de la Junta Imperial de Sanidad Alemana, que ha traducido un amigo mío, el Dr. Montaner. Es un compendio utilísimo que hacía falta en España y que no creo exista en los países de la América Latina. Espero querrá vd. hacerme el obsequio de insertarlo en su magnífica *Revista Moderna*..... POMPEYO GENER.

Entre los romanos, la preocupación de la Higiene pública es aún más grande. Los baños eran, en tiempo de los Césares, una verdadera institución, llegándose hasta á exagerar su uso. Dictábanse reglas para la construcción de las viviendas y para el saneamiento de los barrios populosos, llegando á nombrarse delegados especiales para la inspección de las casas y edificios públicos, á fin de que hicieran cumplir las reglas más indispensables de la policía urbana. Llegóse á más, hubo tratadistas especiales del arte de conservar la salud, tales como Plutarco, Galeno, Oribase, Aetius, Pablo de Eginas, Alexandro de Tralles, etc. etc.

Con la venida de los Bárbaros, y con el predominio del cristianismo, en que se consideró el cuidado del cuerpo como vanidad y pecado, la higiene desapareció por completo y las infecciones más horribles diezmaron la Europa. La suciedad y el ayuno predispusieron el cuerpo humano á todo género de enfermedades. Sólo los judíos y los árabes, durante este período, siguieron y practicaron algunas reglas de higiene; pero al aproximarse el Renacimiento, se reivindicó la personalidad humana y volvióse á preocupar la Humanidad de la manera de evitar terribles enfermedades, manera que en la Edad Media estaba reducida á los amuletos, á las rogativas, y á las procesiones (á poca diferencia como hoy en el interior de España).

Los hombres de ciencia, estudiando los elementos de la Naturaleza y su fenomenalidad, fueron los que sentaron los fundamentos de la verdadera higiene en los tiempos modernos, desvaneciendo las antiguas supersticiones. Se vió que el Aire era un cuerpo y que con la ayuda de ciertos instrumentos, se podía estudiar su composición, determinar sus materias extrañas y purificarlo, en caso necesario, de sus gérmenes mortíferos, ó atenuar sus acciones físicas y químicas. Lervet descubrió la circulación de la sangre. Santorius el mecanismo de la transpiración. Estudióse la respiración. Descompúsose el agua. Todos los fluidos elásticos fueron estudiados. Los cuerpos sometidos á análisis dieron sus componentes simples, y así se pudo determinar su acción sobre la naturaleza humana. Hal-lé, partiendo de todos estos datos, preparó un tratado sobre la conservación de la vida, tratado que la muerte no le permitió que acabara; después de él Foderé, Ratiev, Rostan, Loude, Parent du Chatel, Hings, Pavet de Courteille, y más moderadamente, Orfila con su estudio de los tóxicos, Becquerel, Bouchoydat, Leoy, Tardiere y otros, han preparado los trabajos que han venido á formar el

cuerpo de doctrina que hoy se llama *Higiene*, reforzados modernísimamente por los Zooquímicos, y los Microbiologistas, á la cabeza de los cuales figuran Geyenbour, y el gran Pasteur.

La higiene hoy día es un verdadero cuerpo de doctrina que estudia: 1º, el objeto de la higiene; 2º, los materiales de la higiene y 3º la aplicación de la higiene á los diversos estados del hombre, ya sea individual, ya sea colectivamente.

Así en la primera parte se estudia la constitución del cuerpo humano, la actividad y el funcionamiento de todos sus órganos. Se parte de los elementos mitológicos y morfológicos, y en su organización ascendente se va á parar á la consideración de los órganos en la plenitud de su desarrollo; y en este estado se estudia su funcionalismo vital, su integración y su desintegración y las reacciones químicas que las acompañan. Así se llega al conocimiento de la Fisiología humana, de los temperamentos, y de lo que podríamos llamar prolegómenos de la patología.

En el estudio de los materiales higiénicos, entra el estudio de los agentes favorables y necesarios á la vida del Hombre en general, así como el de todos los elementos que influyen sobre ella, directa ó indirectamente, de una manera favorable ó desfavorable.

En este número entran en primer término la atmósfera y sus diversos componentes, la temperatura, las corrientes del aire, la humedad, la electricidad, la luz, la presión, las impurezas, los miasmas, el agua y todos los medios de su conducción y purificación. Vienen después los alimentos, y la determinación de la cualidad y cantidad nutritiva utilizable en las substancias alimenticias; á cuyo estudio sigue el del análisis de las mismas para determinar su insalubridad, caso de falsificación, ó de descomposición natural. Y terminaré el estudio con los venenos, manera de reconocerlos y medios de evitarlos ó de neutralizar sus efectos.

Siguen los vestidos, ó medio de preservar el cuerpo humano de los agentes exteriores; y luego la habitación ó vivienda, y veremos como ésta debe ser construída para que reúna las condiciones de ventilación, desagüe, limpieza, protección del calor y del frío, y aislamiento del ruido, condiciones indispensables para que no se trunque la evolución vital del hombre.

En la tercera parte, estudia la higiene las condiciones favorables á la conservación y aumento de la vida del Hombre, en sus relaciones con la sociedad.

Se estudian las colectividades humanas, ya que ellas exigen otros cuidados generales, á más de los del individuo, y en ello se agrupa todo lo que tiende á la buena circulación de los materiales que han de dar la vida, como á la extracción, expulsión y circulación completa, hasta su reintegración elemental en la Naturaleza de todos los residuos, deyecciones y demás desechos de los seres vivientes.

Se estudia también el tráfico y los medios de evitar que éste sea vehículo de enfermedades conta-

giosas, y se dan las prescripciones generales para resistirlos.

Luego se pasa á la educación, dedicándose estudios preferentes á la educación física, en lo que entra la gimnasia, el baile, la equitación, los baños, y todo lo que hoy se comprende con el nombre genérico de *Sport. Mens sana in corpore sano*, es la máxima que preside á esta sección de estudios.

A partir de aquí ya se especializa la higiene, dedicándose á aplicarse á los hombres según sean sus oficios, profesiones, ó género de vida que lleven; habiendo todo un tratado especial para las carreras militares y marítimas, que tanto difieren de las otras.

Parecería aquí terminado el cuerpo de doctrina conocido con el nombre de Higiene; pero, le falta aún tomar en cuenta la acción de las influencias generales. Estas pueden ser ocasionadas por las grandes alteraciones atmosféricas, por las infecciones del aire, del agua ó de los objetos (epidemias) y por las infecciones particulares ayudadas por el contagio, ó sea transmisión de individuo á individuo.

Por fin, los accidentes desgraciados y el estudio de los conocimientos más indispensables para la enfermería, y asistencia en los casos de desgracia, forma el apéndice de dicha ciencia, sin la cual no podrían vivir los pueblos modernos. Como indica muy bien el tratado que nos ha inspirado este artículo, la mortalidad va disminuyendo rápidamente en todos aquellos Estados, comarcas, ó ciudades en que la higiene es practicada de una manera escrupulosa. A principios del pasado siglo la vida normal humana era como promedio el de 22 á 24 años. Hoy día, en los mismos países, como Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, es de 32 á 35. Aún hoy día, en las poblaciones higiénicas hay sólo una mortalidad que varía entre 17 y 23 por mil al año; tales Ginebra, Londres, París, etc. En los que no se cumplen las leyes de la higiene sino incompletamente, la mortalidad oscila entre 39 y 40 por mil; tales Madrid, Barcelona, Constantinopla. Estas cifras hablan de una manera más elocuente que todos los argumentos posibles.

Luego con la práctica de las reglas de higiene, los individuos viven sanos y fuertes y pueden ganar unos en menos tiempo, siendo mayores sus energías para el trabajo. Véase, pues, la gran utilidad de la popularización de estos estudios. Estas razones impulsaron al Gobierno alemán á hacer esta publicación económica, y las mismas son las que han decidido á la Casa F. Leix de Barcelona á popularizarla también entre los países de lengua española, no escaseando sacrificios para presentar debidamente con los grabados, cromos y planos que requiere una obra tan útil, y para hacer una traducción directa en lenguaje claro, sencillo, exento en lo posible de tecnicismos, para así ponerla al alcance de todos.

Creemos que publicaciones como ésta honran á la persona que las da á luz y también á las que las adoptan.

DR. POMPEYO GENER.



MOISÉS.—MIGUEL ANGEL.

RENOVARE!....

Solo tú y yo sabemos el secreto
de nuestro amor como Luzbel caído;
pero á las puertas del Edén Perdido
lanzando á todo su implacable reto.

Ya con tu ausencia el oleaje inquieto
de la murmuración yace dormido;
mas nunca como ahora te he querido,
con un amor tan grande y tan discreto....

Eres la carne de mi carne, vibra
en mis labios aún tu beso ardiente
y abrasa el corazón, fibra por fibra,

mientras la estrofa escápase candente;
y Amor ceñirla al Huracán le libra,
corona de recuerdos á tu frente!

JESÚS E. VALENZUELA.

LA RAMILLETERA.

Date lilia.....

Marchaba la niña lentamente, rozando el muro, por la calle estrecha y tortuosa de los *Mercanti*. No miraba los almacenes, no levantaba los ojos hacia aquella banda de cielo que aparecía entre las altas casas, no miraba siquiera delante de ella. Miraba los adoquines como si los fuese contando. Caminaba sin inquietarse por el lodo, por los choques que recibía de algún raro vehículo que pasaba. Cuando llegó á la pequeña iglesia de *Cerriglio*, frente á la estatua del *Ecce Homo* vestido de rojo, coronado de espinas, con los ojos llenos de lágrimas congeladas, con la frente y el pecho maculados de sangre coagulada, la niña le dirigió una mirada indiferente y volvió sobre sus pasos, con el mismo aire rígido.

Era una mendiga. Tenía hambre, tenía sed. Tenía las piernas desnudas y sus piecitos sin zapatos se deformaban en el fango. En aquel domingo helado de Febrero, no llevaba más ropa que una camisa, una faldehuela desgarrada y deshilachada retenida á su cintura por un cordón y un guiñapo de chal enrollado en torno de su cuello. Nada más. La niña era muy flaca, casi desecada; por las desgarraduras de la camisa y de la falda se veía una carne exangüe, terrosa; bajo el chal los dos huesos claviculares resaltaban como si hubiesen querido agujerear la piel, y se adivinaba cuán pobre era aquel enfermizo y magro pecho de niña. Las espaldas eran puntiagudas, encorvadas como las de quien ha tomado la costumbre de encogerse siempre á causa del frío ó para calmar los espasmos del estómago. Un rostro serio y grave, con el mismo tinte plomizo que el cuerpo; la frente baja y plegada; las finas cejas fruncidas, los ojos de párpados grises, muy grandes, cercados de hollín, hundidos, cavernosos; el perfil duro, rígido, acentuado ya como el de una mujer; la boca estrecha, apretada, los labios pálidos sin estremecimientos, con dos pliegues en las comisuras. Tenía siete años.

Había tenido una madre descarnada, mendiga también. Vagaban entrambas por las calles, pidiendo limosna. Solían comer pan y dormían en un rincón, bajo una escalera, sobre la paja, la hija con la cabeza sobre el seno de la madre. Después la madre había muerto de tifo y la hija quedó sola en el arroyo. No lloró, no clamó, salió á mendigar como de costumbre, pero no se le dió nada; aquel día no comió y durmió á la intemperie, sobre los escalones de la iglesia de *Portanova*, enrollada en sí misma, como un perro.

Hacia tres años que la niña arrastraba aquella vida, invariable. No sabía nada, no se acordaba de nada, no guardaba otra impresión que la de un día muy largo en que había tenido hambre.

Comenzaba sus peregrinaciones desde la mañana. La calle de los *Mercanti*, larga tripa en zigzag,

era su casa, y conocía todas sus callejas, sus corredores tuertos, sus callejones terroríficos, sus negras barracas, sus arroyos fétidos, sus puertas angostas y oscuras, sus escaleras usadas y arruinadas, todo alumbrado por una luz débil y gris. Iba y venía sin descanso de la plazoleta de *Portanova*, que era su punto de partida, hasta la capilla del *Cerriglio*, donde era su punto de llegada. Se detenía en la plazuela de *Porto*, daba una vuelta, dirigía una mirada al simulacro del dios Orión pegado al muro que el pueblo llama Pescado Niccolo, luego subía por *Mezzocannone*, mojándose los pies en las aguas azules, rojas, violetas, de los tintoreros que trabajaban en ciertos antros lúgubres, en torno de negras calderas, agitando una misteriosa mixtura. Llegada arriba, no osaba ir más lejos, y volvía á bajar á la calle de los *Mercanti*, sin lanzar siquiera un vistazo á la posada, donde se doraban, friéndose, pescados y pastas que tomaban vivos y bellos tintes dorados y derramaban apetitosos y penetrantes olores, mezclados á los de los nabos cocidos con vinagre. Volteaba á la derecha por la sucia escalerilla de *Santa Bárbara* y trepaba hasta el almacén del famoso comerciante en bizcochos; pero los bizcochos se le antojaban mucho y huía de allí; al volver á bajar deteníase ante la puerta del establecimiento de baños, mirando una fuente hecha con rocas artificiales, fuente donde no había agua, pero donde, de el medio de anchas hojas verdes de hierro pintado, emergía una ninfa; proseguía su camino hasta el *Cerriglio*, y, desandando lo andado, siempre con el mismo porte circunspecto, rozando los muros, deslizándose entre las piernas de los transeuntes.

Aquellas calles negras, aquella angustia, aquella miseria, aquellas casas sudando humedad, aquellos hedores, aquellos portes sospechosos, aquellos tintes sombríos, aquella ausencia de sol, aquellas caras usureras de los comerciantes, aquellos rostros hipócritas de sus compradores, aquellos semblantes estúpidos de las prostitutas, aquellas mercancías miserables, polvorientas, averiadas, formaban su universo. Tenía vagamente el instinto que más allá de *Santa Bárbara*, de *Mezzocannone*, de *Cerriglio*, que al extremo de la calle de la Princesa-Margarita, existía otro mundo, pero temía aventurarse en él, le tenía un miedo salvaje; ya en la calle de los *Mercanti* temía á los otros mendigos que la golpeaban, á los perros que querían morderla, á los guardias que podían detenerla, pero era astuta para esquivar los peligros. *Allá arriba* era el peligro desconocido. Cuando llegaba á los límites que se había fijado, lanzaba una mirada altanera á lo lejos y se escapaba, escondiendo su crespada cabeza sobre su brazo como si se la hubiese perseguido.

Pedía limosna pero no siempre se le daba. Todas

aquellas gentes atareadas que trabajaban duramente para ganar un salario exiguo, vendedores que trataban de engañar á sus compradores, *facchini* encorvados bajo los paquetes y fardos, criadas sucias y haraposas, no se fijaban en ella.

Si por casualidad algún *Señor* atravesaba el barrio, tomábala por una ladronzuela y tentaba sus bolsillos diciéndole injurias; otros, vestidos decentemente, pero pobres, la miraban y alzaban los hombros. A algunos inspiraba disgusto y la rechazaban con un gesto fastidiado. En la tortura del estómago que se revelaba, sin haber comido el día anterior, pedía primero en voz alta y de una manera casi imperiosa un céntimo para comprar pan; luego la voz bajaba y hacía suplicante, ansiosa, lamentable, y algunas lágrimas frías escurrían lentamente sobre sus carrillos. Continuaba yendo y viniendo, como maquinalmente, balbuceando palabras indistintas, hasta que su voz se extinguía en su garganta seca; entonces pedía limosna por la intensidad de la mirada. Al atardecer, cuando no se le había dado nada, era invadida por una gran lasitud, le volteaba la cabeza, y, vacilante, se arrastraba hasta las gradas de la iglesia de *Portanova*, y allí permanecía inmóvil, encogida, como un paquete de andrajos del que se escapaba un sordo gemido. Levantábase otra vez á vagar en medio de las luces que se encendían, de los obreros que tornaban del trabajo y del olor á alimentos que salía de las tiendas entreabiertas. Entonces solía atrapar dos céntimos ó un cortezón de pan, ó un hueso de chuleta ó un resto de tripas, y se escapaba á devorarlo sintiendo una insoportable quemadura en el estómago. Pero eran frecuentes los días en que no recibía nada y en que se dormía en medio de una torpeza enfermiza sin haber encontrado otra cosa que comer que cortezas de naranja podridas ó vainas de guisante. El sábado era su mejor día: todos los sábados una mujer vestida con un pañuelo rojo en torno del cuello, una falda corta, zapatos de altos talones, un penacho verde, un peine de plata pinchado en el alto rodete de sus cabellos lustrosos de pomada y que tenía las mejillas teñidas de carmín, le daba un céntimo. Aquella mujer permanecía frecuentemente apoyada contra el muro, con las manos en las bolsas de su delantal, canturreando de la mañana á la noche una canción trivial.

Spina de pesce
Sia vitá desperata quando fenescce!

Día por día, y varias veces al día, pasaba la niña ante aquella mujer, pero solamente el sábado le daba un céntimo, y esto durante cinco ó seis meses. Después la mujer desapareció. Se la había arrojado ó se había arrojado ella en un pozo.

Cierto domingo la niña se sentía morir. A cada instante le faltaban las fuerzas y se tiraba al suelo. Las tiendas estaban cerradas, los transeuntes apresurados pasaban sin verla, dirigiéndose todos hacia las calles superiores, desapareciendo *allá arriba*; ella los seguía maquinalmente con la mirada. Entró en la iglesia de *Portanova*. La iglesia estaba vacía; le pareció inmensa y terrorífica; tuvo una

sensación de frío con sus pies desnudos sobre el mármol; el sacristán la echó fuera. Tornó á su carrera por las calles desiertas: se vió sola, desesperada. Todo el mundo estaba *allá arriba*.

Entonces, olvidando sus temores, impulsada por el hambre, por el instinto, pasó la frontera y atravesando la encrucijada de la calle Catalana subió las gradas de *San Guiseppe*. Quedóse estupefacta; veía allí lo que nunca había visto: una calle ancha, hermosas tiendas, blancos palacios, jardines y cielo. Olvidaba su hambre frente á aquel maravilloso espectáculo; quedó atónita ante una juguetería *Allá arriba* todo era bello, y seguía á la multitud que se encaminaba por la *Fontana Medina*, deteniéndose á cada paso, excitada, curiosa, sin acordarse de pedir limosna.

Sólo los carruajes la espantaban con sus filas interrumpidas que se cruzaban, pero ella marchaba sobre la banqueta. En la plaza *Municipal*, vencida nuevamente por la fatiga y la debilidad se sentó sobre un banco, cerca del jardín; pero después de un momento saltó á tierra y corrió, también ella, hacia *San Carlo*; allí, pequeñita como era fué arrastrada por la multitud hasta San Fernando. No veía nada, apretada en medio de toda aquella multitud, pero sentía calor y estaba bien. A cada instante un ramillete de flores atravesaba el aire, luego otro, luego una lluvia de flores desprendidas; á cada instante la muchedumbre se hacía á un lado para dejar pasar un coche donde iba alguna hermosísima dama vestida con telas soberbias y sentada en medio de flores: visiones rápidas, fugitivas, brillantes, que casi espantaban á la pobre pequeña. El tiempo transcurrió así: el día declinaba, las flores caían más lentamente, el rumor era menos fuerte, la turba disminuía. Una graciosa aparición pasó cerca de la niña; estaba vestida de negro, pero su vestido era corto y rico: tenía el rostro blanco y sonriente, enormes brillantes en sus menudas orejas y llevaba en la mano un canastillo de flores sueltas y en ramilletes. Era una deslumbrante ramilletera que amontonaba dinero en el fondo de su cesta.

Señora, señora, dame una flor, murmuró una voz infantil.

Y la ramilletera con un movimiento vivo y encantador dejó caer en las manos de la niña un puñado de claveles. La niña sonrió, fijó un clavel en un agujero de su camisa y quiso vender flores puesto que tenía tantas. Pero las gentes no se las compraban. Un estudiante le dijo: Cuando seas más grande podrás vender flores. Un señor grande y gordo se puso á declamar contra la mendicidad y contra la inercia de la policía. La niña no comprendió el sentido de sus palabras, pero sí comprendió que lo enojaba. Tampoco *allá arriba* las gentes eran buenas con ella. Era harapienta, fea, sucia, é iba descalza; sus grandes ojos dilatados daban miedo, su cabecita enmarañada y selvática daba miedo también. Entonces el hambre volvió, feroz, quemándole el pecho, desgarrándola. Un soldado que pasaba compró un clavel y le arrojó un céntimo. La niña entró en la panadería y compró un panecillo. Qué excelente banquete! pero quería irse; comenzaba á tener miedo; aquellos carruajes

la aturdian y necesitaba pasar al otro lado de la calle. Tomó impetus, bajando la cabeza. En la elegante *victoria*, una dama lanzó un grito y se desvaneció.

Sobre la vía, cerca de la banquetta, una inocente criatura agonizaba con las piernas deshechas. Ago-

nizaba tendida en medio de los claveles regados en torno suyo, teniendo uno apretado sobre su pecho con una de sus manecitas y en la otra su panecillo, con el rostro blanco y serio, la boca entreabierta y sus grandes ojos asombrados y dolorosos vueltos hacia el cielo.

MATILDE SERAO.

IN MORTE DI GIUSEPPE VERDI. CANZONE.

Si chinaron su lui tre vaste fronti
terribili, col pondo
degli eterni pensieri e del dolore:
Dante Alighieri che sorresse il mondo
in suo pugno e le fonti
dell'universa vita ebbe in suo cuore;
Leonardo, signore
di verità, re dei domini oscuri,
fissa pupilla a'rai de'Soli ignoti;
il ferreo Buonarroti
che animò del suo gran disdegno in duri
massi gli imperituri
figli, i ribelli eroi
silenziosi onde il destino è vinto.
Vegliato fu da'suoi
fratelli antichi il creatore estinto.

Come la nube, quando è spento il Sole
dietro la opache cime,
di fulgore durabile s'arrossa:
contro all'ombre notturne arde sublime
la titanica mole
e la notte non ha contro lei possa;
così dalle affrante ossa
l'anima alzata contrastò la morte,
avverso il buio perdurò splendente,
Dinanzi alla veggente
tutte aperte rimasero le porte
del Mistero, e la sorte
umana fu sospesa
su l'alte soglie ove la Forza trema,
Sul rombo, nell'attesa,
allor sonò la melodia suprema.

La melodia suprema della Patria
in un immenso coro
di popoli sali verso il defunto.
Infinita, dal Brènnero al Peloro
e dal Cimino al Catria,
accompagnò ne'cieli il figlio assunto.
E colui, che congiunto
in terra avea con la virtù de'suoni
tutti gli spirti per la santa guerra,
pur li congiunse in terra
col suo silenzio funerale e prona
li fece innanzi ai troni
ed ai vetusti altari
ove l'Italia fu regina e iddia.
Canzon, per i tre mari
vola dal cuor che spera e non oblia!

E «Ti sovvenga!» sia la tua parola.
Vegliato fu da'suoi
fratelli antichi il creator che dorme.
E simile alle fronti degli eroi
era la fronte, sola
e pura come giogo alpestro, enorme.
E profonde eran l'orme
imprese dal suo piè nella materna
zolla, profonde al pari delli antiche;
e l'alte sue fatiche
erano intese ad una gioia eterna.
E come l'onda alterna
dei mari fu il suo canto
intorno al mondo, per le genti umane.
E noi, nell'ardor santo,
ci nutrimmo di lui come del pane.

Ci nutrimmo di lui come dell'aria
libera ed infinita
cui dà la terra tutti i suoi sapori.
La bellezza e la forza di sua vita,
che parve solitaria,
furon come su noi cieli canori.
Egli trasse i suoi cori
dall'imo gorgo dell'ansante folla.
Diede una voce alle speranze e ai lutti.
Pianse ed amò per tutti.
Fu come l'aura, fu come la polla.
Ma, nato dalla zolla,
dalla madre de'buoi
forti e dell'ampie querci e del frumento,
nel bronzo degli eroi
foggiò sè stesso il creatore spento.

E disse l'Alighieri in tra gli eguali
nella funebre notte:
«O gloria lei Latin,» come tramonti!
Quivi bianche parean dalle incorrotte
spoglie grandeggiar le ali
sotto la fiamma delle vaste fronti.
E Dante disse: «O fonti
della divina melodia richiusi
in lui per sempre, che tutti li aperse!
Ecco quei che s'aderse,
su la sua gloria, in cieli più diffusi
e agli uomini confusi
parve subitamente
artefice maggior della sua gloria.
O natura possente,
non conoscemmo noi questa vittoria!»

E Leonardo: «Innanzi ebb'io la nuda faccia del Mondo immensa, come quella dell'Uom che a dentro incisi Creai la luce in Cristo su la mensa e creai l'ombra in Giuda; dell'Infinito feci i miei sorrisi. Poi, nel vespro, m'assisi calmo alla sommità della saggezza ed ascoltai la musica solenne. Per quali vie convenne meco quest'aspra forza a tale altezza? Come questa vecchiezza semplice e sola attinse il culmine ove regna il mio pensiero? Fratello m'è chi vinse il suo fato e tentò novo sentiero »

E il Buonarroto disse: «Io prima oscuro. per opra più perfetta rinascere, di me nacqui modello. Poi mi scolpii nella virtù concetta, come nel marmo puro s'adempion le promesse del martello. E posi me suggello violento sul secolo carnale di grandi cose moribonde carico. Irato apersi un varco nelle rupi all'esercito immortale degli eroi sopra il Male vindici; senza pace,

stirpe insonne, anelammo all'alto segno. Ben costui che or si giace tal cuore ebbe, s'armò di tal disdegno.»

Nella notte così gli eterni spirti riconobbero il Grande cui sceso era pe'tempi il lor retaggio. Il titano giacea senza ghirlande, senza lauri nè mirti, sol coronato del suo crin selvaggio. E, come il primo raggio dell'alba fu, la maggior voce disse; «O patria, degna di trionfal fama!» E parve che una brama di rinnovanza dalla terra escisse, e che le zolle scisse dai vomeri altro seme chiedessero a novel seminatore, e che l'onte supreme vendicasse la forza del dolore.

Canzon, per i tre mari vola dal cuor che spera oltre il destino, recando il buon messaggio a chi l'aspetta. Aquila giovinetta, batti le penne su per l'Apennino; per l'aere latino rapidamente vola, poi discendi con impeto nei piani sacri ove Roma è sola, getta il più fiero grido e là rimani.

28 Febrero 1901.

GABRIELE D'ANNUNZIO.

LAS SEIS NOTAS DE LA FLAUTA.

En los campos de la Sicilia, no lejos del mar, existe un bosque de almendros. Es aquel un sitio antiguo formado con piedras negras y en el que, desde hace luengos años, se han sentado los pastores. En las ramas de los árboles vecinos, penden jaulitas de cigarras, tejidas con junco, pino y varas de mimbre verde que sirvieron para atrapar pececillos.

La que duerme, erguida sobre el sitio de negra piedra, con los pies envueltos en cintas, con la cabeza oculta bajo cónico sombrero de paja, espera á un pastor que jamás volvió.

Partió con las manos untadas de cera virgen para cortar carrizos entre las húmedas trampas para pájaros, pues quería modelar una flauta de siete tubos, como le había enseñado el dios Pan.

Y cuando hubieron transcurrido siete horas, se escuchó la primera nota, cerca del sitio de negra piedra donde vela la que duerme aún.

La nota se oyó cerca, clara y argentina. Después transcurrieron siete horas más sobre la pradera

azul é iluminada por el sol y la segunda nota se escuchó alegre y dorada. Y cada siete horas la durmiente de ahora, escuchó que sonaba uno de los tubos de la nueva flauta.

El tercer sonido fué lejano y grave como el clamor del hierro; y la cuarta nota, más lejana, se escuchó como el profundo retintín del cobre; la quinta turbada y breve como el choque de un vaso de estaño, pero la sexta, sorda y ahogada como los plomos de una red cuando chocan entre sí.

La durmiente esperó en vano la séptima nota que aún no resuena. Los días envolvieron el bosque de almendros con brumas blancas y los crepúsculos con sus brumas grises y las noches con sus brumas púrpuras y azules.

Quizá el pastor espera la séptima nota á bordo de luminosa balsa, entre la sombra creciente de las noches y de los años... y sentada en el sitio de piedra negra, la que esperaba al pastor se ha dormido.

(Traducción de «Revista Moderna.»)

MARCEL SCHWOB.